

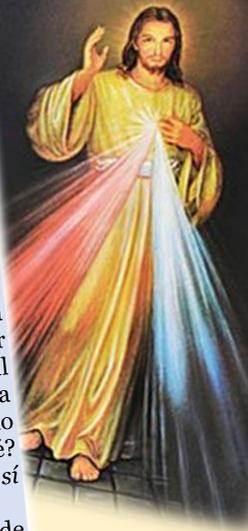
Hoy el Señor resucitado se aparece a los discípulos. Las palabras que les dirige están acompañadas por un saludo, que se menciona tres veces en el Evangelio de hoy: *¡La paz esté con ustedes!* Es el saludo del Resucitado, que sale al encuentro de toda debilidad y error humano. Sigamos los tres *¡la paz esté con ustedes!* de Jesús, en ellos descubriremos tres acciones de la divina misericordia en nosotros.

En primer lugar, **la misericordia de Dios da alegría**, una alegría especial, la alegría de sentirnos perdonados gratuitamente. Cuando en la tarde de Pascua los discípulos vieron a Jesús estaban encerrados en la casa por el miedo, pero también estaban encerrados en sí mismos, abatidos por un sentimiento de fracaso. Eran discípulos que habían abandonado al Maestro, que habían huido en el momento de su arresto. En este clima llega el primer *¡la paz esté con ustedes!* Los discípulos deberían haber sentido vergüenza, y en cambio se llenan de alegría. ¿Quién los entiende? ¿Por qué? Porque ese rostro, ese saludo, esas palabras desvían su atención de sí mismos a Jesús.

Nos ha pasado también a nosotros sentirnos como los discípulos en la tarde de Pascua, después de una caída, de un pecado o de un fracaso. En esos momentos pareciera que no hay nada más que hacer. Pero precisamente allí **el Señor hace lo que sea para darnos su paz, por medio de una Confesión, de las palabras de una persona que se muestra cercana, de una consolación interior del Espíritu Santo**, de un acontecimiento inesperado y sorprendente. Hermanos y hermanas, hagamos memoria del perdón y de la paz que recibimos de Jesús. Porque nada puede seguir siendo como antes para quien experimenta la alegría de Dios. Esta alegría nos cambia.

¡La paz esté con ustedes! El Señor lo dice por segunda vez. Si experimentamos la alegría de ser liberados del peso de nuestros pecados y de nuestros errores; si sabemos en primera persona qué significa renacer, después de una experiencia que parecía no tener salida, entonces se hace necesario **compartir el pan de la misericordia con los que están a nuestro lado**. Preguntémonos: yo, aquí donde vivo, yo en la familia, yo en el trabajo, en mi comunidad, ¿promuevo la comunión, soy artífice de reconciliación? ¿Me comprometo a calmar los conflictos, a llevar perdón donde hay odio, paz donde hay rencor? ¿O yo caigo en el mundo de las habladurías que siempre mata?

¡La paz esté con ustedes! repite el Señor por tercera vez cuando se les aparece nuevamente a los discípulos ocho días después, para confirmar la fe tambaleante de Tomás. No son palabras desafiantes, sino de misericordia. Jesús comprende la dificultad de Tomás, no lo trata con dureza y el apóstol se convence interiormente ante tanta bondad. Y es así que de incrédulo se vuelve creyente, y hace esta confesión de fe tan sencilla y hermosa: **«¡Señor mío y Dios mío!»**. En Tomás está la historia de todo creyente, de cada uno de nosotros. Sí, la misericordia de Dios, en nuestras crisis y en nuestros cansancios, a menudo nos pone en contacto con los sufrimientos del prójimo. Si nos hacemos cargo de las llagas del prójimo y en ellas derramamos misericordia, renace en nosotros una esperanza nueva, que consuela en la fatiga. Cuando lo hacemos, encontramos a Jesús, que desde los ojos de quienes son probados por la vida, nos mira con misericordia y nos dice: *¡La paz esté con ustedes!* (Francisco. 24 de abril de 2022. Domingo de la Misericordia)



«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?». Esa nueva vida hace que el centro de nuestras ilusiones y de nuestros deseos más profundos se encuentren en el Señor. Si basásemos nuestra felicidad en las cosas de aquí abajo –en el placer, en el éxito, en la riqueza...– es como si estuviéramos buscando entre los muertos al que vive. Cristo nos invita a mirar hacia arriba, a vivir con la certeza de sentirnos siempre amados por Él. Ese amor, que no cambia, realiza los deseos más profundos de nuestro corazón. Como decía san Josemaría, la resurrección «nos revela que Dios no abandona a los suyos. (...) Sigue teniendo sus delicias entre los hijos de los hombres». Cristo permanece entre nosotros en su Iglesia, especialmente en la Eucaristía, «la raíz y la consumación de su presencia en el mundo». Y permanece también en cada uno, tal como había prometido a los apóstoles: *«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él»*. El cristiano está llamado a la identificación con Cristo: a pensar, reaccionar y actuar como lo haría el Señor; en definitiva, a buscar la unión con Jesús en todo lo que hacemos. (Homilía de Monseñor Fernando Ocariz el Jueves Santo de 2022)



¡Cuando te despiertes por la mañana durante la Pascua, regocíjate en la resurrección de Jesucristo!

Despertarse por la mañana durante la temporada de Pascua puede tener un simbolismo y una profundidad especiales. En lugar de levantarse de la cama a regañadientes y temer el día, puede ser un momento sagrado de oración, disfrutando del resplandor de la resurrección.

Después de decir una breve oración al despertar, se puede hacer un ofrecimiento de obras esperanzado y alegre (¡Jesús vive, ha resucitado!). Es con estas ideas profundamente impresas en nuestra mente, con las que podemos afrontar cada día con alegría y esperanza.



Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo que se venera en Jerusalén

Escuchemos el relato de San Juan:

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro (...) llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos. Es una frase clave, importantísima: Vio y creyó. El apóstol Juan entró en el sepulcro y creyó. Creyó que Jesús había resucitado de entre los muertos. Nosotros también podemos entrar hoy en la tumba vacía de Jesús en Jerusalén. También podemos verla en fotografías y películas. Es el mismo lugar, protegido y encerrado en una capilla especial.

La expresión «vieron y creyeron» se utiliza en el Evangelio por primera vez en referencia a los discípulos de Jesús en las bodas de Caná, después del primer milagro de Jesús de convertir el agua en vino. Pero el mayor milagro de Jesús es su resurrección.

MES DE MAYO: MES DE MARÍA

En numerosas y habituales visitas a Santuarios de Nuestra Señora, he tenido ocasión de reflexionar y de meditar sobre esta realidad del cariño de tantos cristianos a la Madre de Jesús. Y he pensado siempre que ese cariño es una correspondencia de amor, una muestra de agradecimiento filial. Porque María está muy unida a esa manifestación máxima del amor de Dios: la Encarnación del Verbo, que se hizo hombre como nosotros y cargó con nuestras miserias y pecados. María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres. (San Josemaría. "Es Cristo que pasa")



Antes, solo, no podías... -Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!
-¡Madre! -¡Llámalas fuerte, fuerte.
-Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha.
(San Josemaría. En "Camino")



El papa Francisco pidió rezar el Rosario por la paz todos los días durante el mes de mayo. Lo hizo este 1 de mayo de 2022 después del "Regina Coeli" en la Plaza de San Pedro.

En el mes de la Virgen María, los católicos en el mundo están invitados por el Papa a usar las "armas espirituales" (limosna, oración y penitencia) para pedir por el fin de la violencia y de la llamada por Francisco guerra mundial a "pedazos" con más de 21 conflictos armados repartidos en varias zonas del mundo.

El mes de mayo es el mes central de la primavera y por ello se dedica a la Virgen María. Como buenos hijos de María nos volcamos en actos de piedad, veneración y culto hacia Nuestra Señora. Todo el mes está dedicado a María y cada día puede salir de nuestro corazón una invocación o algún detalle de cariño para Ella, la Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

La tradición más popular es tal vez las romerías, que consisten en venerar a la Virgen María visitando un santuario o ermita -¡hay tantas y con distintas advocaciones! - bien en familia o en grupos más o menos numerosos.

"El mes de mayo nos estimula a pensar y a hablar de modo particular de Ella -decía san Juan Pablo II en una audiencia general al empezar el mes de mayo en 1979-. En efecto, este es su mes. Así pues, el período del año litúrgico, [Resurrección], y el corriente mes llaman e invitan nuestros corazones a abrirse de manera singular a María".

¿Por qué mayo?

¿Pero por qué este mes, si otros contienen fiestas litúrgicas más destacadas dedicadas a María? El beato cardenal John Henry Newman ofrece varias razones en su libro póstumo *Meditaciones y devociones*.

"La primera razón es porque es el tiempo en el que **la tierra estalla en tierno follaje y verde pastos**, después de las severas heladas y nieves del invierno, y la cruda atmósfera y el viento salvaje y las tempranas lluvias de la primavera".

"Porque los retoños brotan en los árboles y las flores en los jardines. Porque los días se vuelven largos, el sol nace temprano y se pone tarde -añade-. Porque semejante **alegría y júbilo externo de la naturaleza** es el mejor acompañante de nuestra devoción a Aquella que es la Rosa Mística y Casa de Dios".

"Nadie puede negar que al menos sea **el mes de la promesa y de la esperanza**. Aunque el tiempo sea malo, es el mes que inicia y preludia el verano".

"Mayo es el mes, si no de la consumación, al menos de la **promesa**, ¿no es este el sentido en el que más propiamente recordamos a la Santísima Virgen María, a quien dedicamos el mes?"

Además, en algunos países durante el mes de mayo se celebra el **Día de la Madre**, y el recuerdo y los obsequios se elevan muchas veces también a la del cielo.

Para muchos, mayo es el mes más bello como María es la mujer más bella, el mes más florido que conduce el corazón hasta ella, Palabra hecha flor.



Con estas palabras nos alentaba San Juan Pablo II a rezar el Santo Rosario con frecuencia:
"El Rosario de la Virgen María, difundido gradualmente en el segundo Milenio bajo el soplo del Espíritu de Dios, es una oración apreciada por numerosos Santos y fomentada por el Magisterio.
Con él, el pueblo cristiano aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor. Mediante el Rosario, el creyente obtiene abundantes gracias, como recibiendo de las mismas manos de la Madre del Redentor".

